

Las cosas como fueron

Cleia*

Contemplaba el cuadro *Familia colombiana* por primera vez. Mi trayectoria espiritual había pasado por muchas fases, antes de encontrar la estructura de mi historia personal. La primera fase consistió en la experiencia de ser la hija mayor.

Caminé, acercándome más de lo permitido y...

Sentí cómo mi padre ponía sus fuertes brazos sobre mis hombros, dándome la seguridad de que estaba siempre conmigo. Era la primera vez, y quizás la única que lo haría. Traté de fingir indiferencia de alejar mis ojos de los suyos, de mirar al espejo de enfrente; pero en el fondo lo único que deseaba era que mi padre no apartara su mano izquierda de mi hombro, que ese momento mágico perdurara para siempre. Él se había puesto de perfil y enfrascado en un intercambio de señales con mi tío, que estaba sentado en un sofá cercano. Yo, con mi banderita, esa bandera tenía ¡tanto significado para mí! ¿Te acuerdas lo felices que se pusieron cuando Colombia le ganó a Argentina? Casi creí que ustedes nunca más iban a volver a pelear.

./.

* Autora: María Teresa Vázquez. Correo electrónico: vazquez.mariateresa2008@gmail.com

La esposa de mi padre, siempre tratando de ser la plana mayor. Ocupando más espacio. Poniendo sus corpulentos brazos encima del espaldar del asiento, donde se encontraba mi padre, con el único empeño de llamar su atención.

Traigo a la memoria cuando mi madre murió de esa terrible enfermedad que nunca perdona. Al llegar a la iglesia; mi padre sosteniendo a mi hermano de la mano, quien al parecer era el único que había perdido su madre; yo detrás, anegada en llanto, y en las bancas de adelante, donde correspondería que estuvieran mis abuelos, estaba ella, la famosa Tione, que hasta su nombre me parece empalagoso, la que se encargó de amargar las últimas horas de mi madre, con su horrible aspecto, su pelo ondulado y negro, tan diferente al de ella; alguna vez oí que mi madre la llamaba la señora *Ala de cuervo*. ¡Sus ojos tan opacos! Ni grandes, ni pequeños; unos ojos de mirada plana; ¿y qué quiero decir con eso? Unos ojos inexpresivos, no son redondos, ni rasgados, es decir, pasan desapercibidos. Mi madre en cambio con esos ojos color aceituna y los parpados caídos, que le daban ese aire misterioso; esa mirada sonriente y pícaro que la hacía encantadora.

Yo esperaba que mi padre se hiciera en la primera banca, con nosotros, pero no, se metió en esa segunda banca, en donde ya estaba Tione, luego mi padre, mi hermano y por último yo. Sola, porque mis

abuelos, no querían compartir sus lágrimas, con la señora que reemplazaría a mi madre.

– ¡No me dejen sola! –les grité.

El error. Hay errores que se destacan por encima de todos los demás. Desde niña –un pudor como otro cualquiera– siempre traté de ocultar a los demás que estaba muy sola. Pero acababa de gritarles aquello a los abuelos y no podía dar marcha atrás.

. / .

Mi madre lo intuía todo, solo que ya no tenía ganas de pelear. También sabía que sus días estaban contados. Un día, ya en el hospital, me llamó y me dijo que se iba a ir al cielo, que no estuviera triste, porque desde allá nos iba a cuidar.

Yo percibía que no era verdad, que no había cielo, ni dios, porque si hubiera un dios y un cielo, no se llevaría a las mamás con niños tan pequeños como Pablo y yo. Y mucho menos, dejaría que Pablo también se fuera, pero bueno, de eso, nos ocuparemos luego.

Mi madre murió unas horas después y yo le había prometido que no estaría triste, pero no lo pude cumplir. El que me dio la noticia, fue mi padre, que llegó a casa a la hora del almuerzo, cuando él nunca iba a almorzar en casa. Lo abracé, no se emocionó, solo cuando la niñera acercó a Pablo, fue el momento en que se le escurrieron unas lágrimas y sin mucho misterio nos contó:

– Mamá murió. De ahora en adelante necesito que sean muy obedientes y no quiero que estén tristes.

No se por qué los adultos siempre dicen palabras tan tontas; como si pudiera escoger entre estar triste o no estarlo. Claro,

él sí se veía que no estaba tan triste. A los pocos minutos, entró esta señora de mirada plana y quiso alzarme, pero esa señora no me gustaba, nunca me gustó.

. / .

¿A dónde quiero llegar...? Volvamos al cuadro. Mi tío el fotógrafo, también estaba ese día, ¡era tan guapo! Cuando él venía a casa, a visitarnos, ella siempre se ponía un vestido que le quedaba muy pequeño, parecía que era para una persona más flaca. Con ese escote, que dejaba ver el principio de unos senos grandes y caídos; en el cuadro, se puede ver como ella trata de llamar la atención del tío, enrollando en su dedo índice, una cadena que le regaló mi padre, con motivo de su cumpleaños. El reloj de pulso marcaba las 8:20 pm y ella parecía vestida como para una fiesta en Cartagena. Tenía puestos los aretes rojos de mi madre. Sí, no había duda, eran los aretes rojos, que cuando se los ponía mi madre, se veía preciosa, pero ella, en cambio, se veía tan vulgar. Es que todo en ella se veía vulgar. Sus labios rojos, de prostituta, sus brazos robustos, que no sirven para abrazar, solo para apartar y tapar con ellos la foto de mi madre, que reposaba sobre el mueble del comedor. Y con su gran cabeza cubría una parte del cuadro, del paisaje, que mi padre le había comprado a mi madre antes de que enfermara, y que había pintado un famoso artista, inspirado en el paisaje de nuestra casa, en las afueras de Bogotá.

Ella, la señora, siempre estaba en primer plano. Pienso que mi padre la quería más que a mamá... que a mí.

Primero, en el corazón de papá, estaba Pablito, luego esta señora, mi madre y por último yo. Si al menos me hubiese querido igual que a Pablito... Pero no. Yo me parecía mucho a papá. Le recordaba todos sus fracasos, sus descuidos....

Recuerdo el día que mi tío le saco esta foto a mi madre; era un día de la madre, ella estaba en el comedor, mirando distraídamente, mientras Pablito tomado de mi mano, empezaba a dar sus primeros pasos. Ahí estaba ella, con toda su ternura, porque ella sí siento que me amó. La luz entraba por la ventana de frente y el tío, sin previo aviso, disparó su cámara. ¡Qué lejos estábamos de imaginarnos que al poco tiempo todo iba a cambiar!

Ese momento, ese instante de ternura, quedó plasmado y enmarcado sobre el mueble del comedor. Esa foto, a mi padre le encantaba, le gustaba tanto, que cuando la señora de los ojos planos trató de esconderla para poner otro adorno, mi padre la reclamó.

Al lado derecho de la foto, siempre estaba el florero azul, con las flores amarillas. No sé por qué, pero era algún secreto entre papá y mamá. ¿Alguna promesa de amor? No lo sé.

A los pocos meses de morir mamá, la señora de mirada plana, se pasó a vivir a nuestra casa y con su perfume se adueñó de ella, el florero amarillo se hizo añicos, en el piso.

. / .

Un día, papá quiso que volviéramos a la finca, salimos una tarde y Pablito se quedó dormido en el automóvil. Al llegar, ya era

noche; papá estacionó cerca del vacío y me pidió que bajara. La señora, también bajó y papá, detrás con la maleta de ella. Siempre ella adelante. Papá volvió a salir y luego se oyó un grito.

El carro había rodado y caído por el precipicio. Pablito murió, y con él, la mitad del corazón de papá. Fue muy triste para todos. Pablito no tenía la culpa de que papá no me quisiera. Tal vez por eso sobreviví.

Un día escuché a papá decir: “Todos a los que he amado, se han ido para siempre”. Sentí dolor por él. Yo en cambio, sí lo quise mucho.

. / .

Hasta ahora noto tus uñas sucias. ¡Qué falta te hace mamá! Ella hubiera reparado en ese detalle y te habría mandado a lavarlas.

En todos los cuadros, me he dado cuenta, tú estabas sentado y madre y yo paradas. ¿Eras machista, cierto? Por eso sería que tú y yo nunca nos entendimos.

¡Pobre papá!, ahora me doy cuenta que en el cuadro hay muchas moscas ¿Acaso era la podredumbre que te rodeaba? ¿O tenías remordimientos por haber acelerado la muerte de mamá, con tu engaño? ¿Y qué me dices de Pablito, por andar cargando la maleta de esa, lo descuidaste? Apenas tenía cinco años, papá.

No me lo niegues. Tione estaba, tal cual, como una mosca, rondando sobre el cadáver de mamá.

Ahora que soy adulta, puedo entenderte... También he cometido errores.

Señora, Señora, ¡SEÑORA!

– ¡Ay, qué pena! Estaba distraída con el cuadro.

– Cerramos en cinco minutos.

Cuando salí del museo, había oscurecido. Pero mi alma, de alguna forma se había limpiado para siempre.